

Benavídez, el cartero.

Ciudad de Córdoba, agosto de 1989

Día lunes por la mañana, inicio de la semana en el Correo Central. El movimiento de los empleados es frenético: programadores, distribuidores y trabajadores de todas las áreas organizados en una dinámica acrítica, con un automatismo sin alma y mentes sin conciencia. No volverán a sentirse personas sino hasta el término de la jornada. Sus vidas estarán puestas en suspenso: amores, odios, frustraciones, angustias y preocupaciones retomarán el sentido de regreso a sus casas.

Todos consienten la alienación del trabajo en un acuerdo tácito que la necesidad forzó a aceptar. Se ven sin mirarse y se mueven en distintas direcciones como hormigas preparándose para el invierno.

Sólo persiste un espacio silencioso y quieto entre tanta agitación.

En un rincón, separado de los demás como si el tiempo y el espacio no correspondieran a la integridad del lugar, Benavídez organiza en silencio las cartas sin emitir palabra alguna, y al ver su mirada parece que ni siquiera hay pensamientos en su interior. En realidad un solo pensamiento persiste, una sola idea se hunde en su espíritu, y es tan desesperada que ahoga el grito que Benavídez aún no ha gritado.

Su verdad se retrotrae a la pubertad, a la sexualidad incipiente que lo impulsaba a encontrar como fisgón imágenes que alimentaran su naciente erotismo. La puerta entreabierta del cuarto de la hermana de su padre tentaba a Benavídez que veía a veces la figura femenina, hasta que una vez, al quedar sin cerrar, le ofreció las líneas desnudas de un cuerpo de mujer con la turgencia brotada de un vestido silencioso que suavemente caía al suelo. El hecho no podía ser grave si nadie lo veía e iba a quedar sólo en la conciencia de Benavídez, pero un estruendo lo arrancó de la soledad en la que creía estar. Era su padre que subía por las escaleras y gritaba al niño quien no pudo moverse del lugar como si el progenitor violento necesitara para agravar la culpa de Benavídez darle caza en la misma puerta de la mujer. Los golpes se interrumpían sólo por el dolor que el progenitor sentía en los puños. Cuando no pudo golpearlo más con las manos, el suelo era el escenario de las patadas en el cuerpo.

– ¡Prefiero verte muerto que pervertido!- Acusación y condena al mismo tiempo.

Nadie defendía a Benavídez, las dos mujeres temían al golpeador, la madre rezaba y esperaba el final de la golpiza y la puerta de la tía finalmente se cerraba en silencio entre tanta violencia.

El alud de golpes contra el niño debía terminar de la peor manera que encontró el padre y fue lanzándolo sobre la baranda de la escalera.

La caída a horcajadas fue el tiro final sobre la genitalidad de Benavídez. Tanto dolor, tanto desgarró del cuerpo y del alma no eran necesarios en él y tal vez

encontraran explicación en el mismo deseo del padre sobre la mujer, inadmisible para el viejo y proyectado en el vástago.

La recuperación fue lenta, acompañada por el temor y la compasión de la madre, temor al violento y compasión amorosa al joven.

Tal amor maternal aliviaba con todo lo que podía las amargas contusiones, las inflamaciones febriles y los hematomas que dolorosamente habían lacerado la genitalidad, la vida y el futuro de Benavídez.

Pasado el tiempo se disiparon las heridas que se fueron atenuando con el silencio de la casa. Ni un solo comentario en la mesa, ni cuando todos estaban juntos frente al televisor, ni en la intimidad de la alcoba del matrimonio. La verdad negada hasta el límite de percibirla no ocurrida, lo único que se había modificado era la puerta de la mujer que desde aquel episodio nunca más quedó entreabierta.

Con los años Benavídez mantenía la delicadeza infantil, su cuerpo iba mostrando una genitalidad que fue precozmente destruida, no había ninguna característica de masculinidad y nunca iba a haber alguna. La madre siempre le decía que la Biblia era un consuelo y si Benavídez la abría al azar Dios tendría una palabra de alivio espiritual en cada momento. Así lo hizo una vez y encontró en San Mateo estas palabras de Cristo: “Porque están aquellos que nacen eunucos, aquellos que son hechos por los hombres y aquellos que se castran a sí mismos por causa del Reino. El que quiera escuchar que escuche”. Benavídez comprendió que él no era un castrado privilegiado para heredar el Reino, pertenecía a la segunda categoría, a la de los castrados a causa de los hombres, y peor aún, a causa de un hombre, su padre. Este

padre aniquilador desapareció, la tía dejó también la casa. Sólo la madre enferma acompañó al joven eunuco.

Poco a poco la vida iba tomando el sentido definitivo para el castrado, pues Benavídez tenía un único convencimiento cuando pensaba en el suicidio: la vida y los seres que debieron ser amorosos con él, mostraron el desprecio más extremo, fueron despiadados, y hundieron su existencia en una degradación irreparable. Si todo eso habían hecho los otros no podía admitir ser con él mismo como habían sido su padre, su madre y su tía, y si bien el suicidio le prometía terminar con ese calvario, era también el final más injusto que la eternidad le podría haber asignado. No podía aceptar tal ensañamiento o tal vez ya estaba demasiado muerto para pensar en la muerte.

Así la vida lo ubicó con un trabajo en el Correo Central en General Paz y Colón. Benavídez sabiendo que debía esperar la muerte que vendría algún día alquilaba una pieza en la calle Santa Rosa casi sobre el Boulevard Perón, frente al río.

Cada mañana toma el trolebús de la línea B en la parada del Hospital de Urgencias. EL trayecto sentado lo lleva siempre al mismo pensamiento que interrumpe cuando el trole cruza General Paz y Benavídez baja frente a Radio Nacional para entrar a las siete en punto al Correo. La idea asesina de Benavídez causa alivio en el dolor que cruza su alma. Imagina tener el poder de un genocida para castrar a todos los hombres y mujeres. Así, con tal acto contundente no habría diferencias, él no estaría por debajo de los demás sino todos sufrirían con el mismo déficit, todos con la misma humillación a

cuestas, nadie vería en sus ojos la castración, porque la castración sería común a todos.

La semana transcurre sin nada fuera de lo esperado: el trole B, la entrada a las siete de la mañana, la salida a las dos de la tarde, su eterno silencio cada día, pero los sábados y domingos convierten a Benavídez en el espectador del movimiento de los prostíbulos de Santa Rosa y Santiago del Estero. Desde la ventana ve un mundo del que nunca va a formar parte: prostitutas que caminan por la vereda, que se ofrecen en los portales, que desaparecen hacia adentro de los burdeles con un cliente para ser reemplazadas por las que terminan un servicio y se instalan a la vista.

Al lado de la cama la Biblia espera un abrir espontáneo y Benavídez una verdadera palabra de consuelo que sabe nunca tendrá.

El lunes como cada lunes el cartero castrado toma el mismo trole y el mismo pensamiento aniquilador se le representa en la mente: castrar a toda la humanidad, acabar con la reproductividad humana, acabar con la mirada despectiva de los hombres y la mirada compasiva de las mujeres porque absolutamente todos estarían en su condición.

Cada día Benavídez repite su ruta con el tiempo en suspenso. No hay futuro para él, el futuro es su presente, un presente que no puede interrumpir. Las tardes vistas desde su cuarto se suceden y no se diferencian en nada. Los individuos que caminan tampoco muestran ninguna particularidad para él, sólo tiene la certeza que en todos ellos hay una finalidad, hay una expectativa, un ser que los espera al llegar, un sentido de esperanza para despertar al día siguiente.

Una mañana Benavídez tomó el trole para el trabajo y después de sentarse y antes de abstraerse en sus pensamientos vió a una mujer que lo miraba desde la calle pero no de la manera compasiva en que todas las mujeres lo miraban, sino tal vez encontrando un rasgo masculino en el castrado. Jamás había percibido una mirada así y tuvo un impulso para seguirla y hablarle.

Con la fuerza que ese instante de vida le había dado, Benavídez en un salto estuvo en la puerta trasera del trole, tocó el timbre y bajó en la parada siguiente. Con la respiración agitada y el único impulso humano y viril que había sentido en toda su vida de buey buscó, corrió, cruzó la calle sin mirar. El trole C que siempre venía de San Vicente detrás del B y que Benavídez nunca tomaba, esta vez arrasó y aplastó el único momento en el que el castrado sintió que podía vivir.

En medio de la calle Santa Rosa un Benavídez yaciente veía la franja del cielo entre los edificios. Recordaba a su cobarde madre que cuando vivía le había inculcado el amor cristiano.

En ese momento alguien de la calle le preguntaba si se sentía bien.

-Ahora que me muero y por lo que viví- Benavídez decía para sí- un ángel enviado por Dios debería recibirme, o el mismo Dios- pero sólo está este tipo que me dice que no me preocupe.

Ya nada lo angustiaba, ni la vida que tuvo ni la eternidad que lo esperaba.

Por ello antes de morir, Benavídez gritó al fin su grito:

-¡Maldito Dios, aquí estoy yo y mi vida que nunca vas a poder compensar!

FIN